

COMENTARIO AL CASO ANA

Alicia Gamondi*

*Sólo apunto a descubrirme a mí mismo. Yo, que mañana
puedo ser otro si un nuevo aprendizaje me cambiara.*
Montagne

La adolescencia es un tiempo de construcciones y reconstrucciones. Impactante (tanto para el joven como para quienes le rodean) y que requiere mucha energía y plasticidad (también para ambas partes). Energía y plasticidad siempre en estado de tensión ambivalente; bordeando la tentación de dejarse llevar por la abulia y la dispersión y añorando el bálsamo de la certeza.

Por eso, la afirmación “*Quiero saber quién soy*” que constituye el motivo de consulta de esta joven resulta conmovedora y nos ubica en la línea de salida de un trayecto que imaginamos intenso, doloroso, pero sin duda, esperanzador.

Si, como plantea Piera Aulagnier (1991), un desarrollo saludable del Yo requiere del interjuego entre la posibilidad sedimentadora de un fondo de memoria (que aporte certezas básicas) y las necesarias recomposiciones autobiográficas (que han de sernos inevitables a lo largo de la vida), la apuesta de Adriana-Catalina resulta impactante en su radicalidad.

Sabemos que un logro fundamental del Yo infantil es el poder reconocerse parte de un orden genealógico articulado según las líneas que cada cultura propone como sistema de parentesco. Tal integración se representa en la enunciación de un Nombre Propio que, paradójicamente, es resultante de fantasmaticiones ajenas al nombrado pero que, una vez pronunciado, se vuelve medular para el Yo y reservorio de las emociones más primitivas y duraderas que han de guiar de ahí en más el reconocimiento del Yo por el Yo.

En la adolescencia, este fondo de autorreconocimiento exigirá que el Yo sea capaz de un trabajo de imaginarización de sí mismo y su contexto intra y extra familiar en aras de su inclusión exogámica en un sistema que se extiende hacia lo grupal/comunitario.

*Lic. en Psicología. Profesora de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Adolescentes, UCES-APBA.

En esta línea, lo saludable en la adolescencia es que el Yo inaugure un período de apertura a movimientos reflexivos, deconstructivos, creativos, en vías al logro de la autonomía en el pensar, el sentir y el hacer. La tarea es ardua y riesgosa. La duda es a la vez el malestar que amenaza con el caos, como la base de una curiosidad que, empoderada por los logros del desarrollo, puede ser una maravillosa fuente de placeres.

A este tembladeral de intensidades jugándose en el interior del adolescente, se sobregregan los sismos en el psiquismo parental que inevitablemente se juegan en esta etapa del vínculo ya que el proceso por su misma esencia no puede sino co-implicarlos.

Por eso resulta remarcable la radicalidad del acto de autoafirmación de Adriana Catalina al nominarse Ana.

Es un acto que va más allá de la explícita intención de dejar atrás el dolor por el maltrato de sus pares. Es asumir el riesgo de diluir el soporte básico de autorreconocimiento (lo que hace que volvamos la cabeza cuando oímos nuestro nombre) y tolerar la ajenidad con que habitará la mente de sus referentes primarios.

Lamentablemente, el secreto profesional nos impide reflexionar sobre los juegos fantasmáticos que guardan tanto los nombres originales como el elegido por ella, pero sí sabemos que Ana surge haciéndose cargo de esa búsqueda. En esa búsqueda, se intuye por su parte un intento por desentrañar qué representación de sí misma le permite acceder a su capital deseante y qué rémora mortífera, intuible pero no representable, la impotentiza.

La eficacia de este acto de nominación es evidente en el punto en que logra convocar a la pareja parental a un espacio que se propone re-enhebrar historias hasta este momento impensables.

Como si Ana los convocara para declararles que se negará, de aquí en más, a soportar sobre sus espaldas el tener que recorrer los laberintos de otros manteniéndose exilada de sí misma.

Con Deleuze (1980) podemos pensar que Ana es la marca de un acto creativo de Adriana Catalina que le permite fugar hacia lo nuevo. Un acto de resistencia que hace tope a la presión determinante de su historia fantasmaticada por otros y constituye un algo novedoso.

Es la exigencia de que sus padres dejen de mirar en ella al personaje de sus pesadillas y la descubran, quizás por primera vez, como una persona viva en su presente. Sin metáfora, sin sutilezas, en un acto fundacional logra ser tenida en cuenta y fundamentalmente logra convocar a la escena a otro que dará a la escena peso tridimensional, corporeidad.

Y en ese nuevo espacio inaugurado en la terapia puede empezar a desplegarse la tragedia cifrada en Adriana Catalina.

Sintetizando los desarrollos de Faimberg (1993) lo siniestro retorna de la represión al remitir a complejos infantiles reanimados por una escena que parece confirmarlos en lo que tienen de convicciones primitivas aterradoras que parecen, ahora, hallar una nueva confirmación.

Y es esta vivencia arrasante la que se expresa en el sufrimiento enloquecido de la madre de Adriana Catalina.

La madre-niña que no puede pensar ni decir lo imposible y que sólo puede ser gesto desquiciado, violento, que amenaza con incrustar en el psiquismo de su hija las astillas del dolor y el estupor que su propio psiquismo no puede contener y mucho menos elaborar.

Como ocurre con los personajes trágicos, esta madre ve trastocada su intención de cuidar, salvar a su hija (como ella no fue cuidada ni salvada) y en cambio, sólo ve repetirse en su mente la escena temida del "secuestro", la certeza de una inevitable catástrofe en ciernes.

Sabemos que la representación de lo inabarcable de la catástrofe psíquica es un trabajo de suma exigencia para el aparato, de muy difícil logro y que siempre deja un resto im procesable ya que implica ubicar en un sistema representacional un sinsentido absoluto al momento de la experiencia disruptiva.

Es este sinsentido el que vuelve casi bizarras a los ojos del observador y, fundamentalmente, a los ojos de la hija las reacciones de la madre.

Imposibilitada de volver vincular y vinculante la problemática de la individuación de su hija adolescente, la madre al desbordarse desborda las escenas que, de no mediar lo irrepresentable de su propia historia, podrían entrar en el listado de "los clásicos madre-hija en la adolescencia": la cuestión de los límites y las trasgresiones, el replanteo de la sexualidad, los temores ligados al tránsito por espacios internos y externos frente a los que los padres pierden incidencia, etc.

Este desborde, que hoy llega a su clímax, indudablemente viene aconteciendo desde antes del nacimiento de la niña al modo de una yuxtaposición de escenas (el registro caótico del pasado y sus efectos desestimados – la búsqueda anhelante de una maternidad que la repare y la redima de la certeza de una culpa que no alcanza a discernir) de modo que el pasado inelaborable de la madre amenaza con reprimir el presente de la niña.

Hago aquí una salvedad que considero fundamental. El que me esté centrando en la particularidad del sufrimiento de esta madre no deja por fuera, más que a lo efectos de seguir una de las líneas de abordaje posible del material presentado, la pregunta por la implicación de las características del padre en este devenir del sufrimiento familiar.

De hecho, es pertinente inferir que buena parte de lo por venir se jugará en la capacidad que este hombre tenga en ofrecerse como sostén y filtro de esta mujer y su padecimiento y de cómo habite su paternidad respecto a la hija de ambos.

Volviendo a las características del vínculo infantil de Adriana Catalina y su madre, este aparece detenido en una posición telepática (propia de los momentos iniciales) en la que priman los recursos conectivos, de inconsciente a inconsciente, sostenidos gestualmente en clave no asociativa.

Presa en su propio laberinto, la madre, imposibilitada de historizarse, no logra aportar a la hija un caudal simbólico, un arcón de memoria, sea esta placentera y displacentera (pero en ambos casos vivible), suficiente para que ella pueda identificarse y desidentificarse en busca de armar sus propios derroteros deseantes.

Ana es la expresión de la angustia que genera esta falla vincular. Es la resultante de la resistencia de Adriana Catalina a seguir siendo “invisible” en su presente y la línea de fuga ante la presión de sentir que no se reconoce en los enunciados identificatorios que su madre (portavoz) le propone.

Y aquí vale insistir en las características telepáticas del vínculo y su potencial amenaza en el caso de que no logre abrirse a otras posibilidades de encuentro, ya no por contagio emocional o interpenetración, sino como una instancia de comunicación entre dos personas, separadas y distintas que pueden o no elegir “abrirse o cerrarse al otro”.

Cobra nitidez en este contexto, un aspecto en juego en la escena de “la puerta cerrada”. Más allá de que podamos inferir trazos de una posible escena traumática de la infancia materna (vívida por ella o transmitida por su propia madre), no es difícil comprender la angustia insoportable que puede despertar en esta mujer el sentir que el mundo interior de su hija se cierra para ella dejándola afuera, sola con sus terrores.

Caída la ilusión telepática, solo resta el estallido desesperado que en un acto loco “dejó todo partido al medio” (en palabras de Ana). Si no hay posibilidad de “separarse” sólo resta “partirse” aullando de dolor y en ese acto romper el mundo de la intimidad de la hija que ha cometido el crimen de romper el mundo fusional en el que se sentía protegida de su desvalimiento de madre-niña.

No es de extrañar tampoco, que Ana (ya en tránsito de recuperarse como Adriana Catalina) identifique el inicio de su recorrido deseante en la sensación del gesto. Esa sonrisa que no puede (ni quiere) disimular en su rostro de jovencita enamorada es la señal de una creación lúdica que inicia el camino del rodeo necesario para salir del encierro endogámico.

La escena del paseo adolescente seguido torpemente por sus padres y del que es posible ocultarse sin que ese recurso defensivo devenga en catástrofe perfila para ella un horizonte nuevo, un camino a recorrer de la mano tierna de un par sexuado no amenazante. Es la confirmación de que hay un mundo posible a elegir.

De ese punto “que para ustedes no significa nada pero para mí es mi todo” es que Ana (recuperada- en y recuperando- a Adriana Catalina) traza su cartografía deseante. Sin necesidad de pensar su hacer y tras haberlo bocetado sostenida en el contexto terapéutico, lleva a cabo un acto creativo capaz de producir una nueva realidad que la convoca a habitar un territorio existencial que ahora sí puede vivir como propio.

Se perfila para toda la familia la posibilidad de dejarse guiar hacia un futuro que (como todo futuro) estará lleno de pasado pero que pueda sortear la trampa de la repetición mortífera.

Primera versión: 03/09/2018

Aprobado: 22/10/2018

Bibliografía

Aulagnier, P. (1991). Construir(se) un pasado. *Revista de Psicoanálisis*, APdeBA. Vol XIII. Buenos Aires.

Deleuze, G; Guattari, F. (1980). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Editorial Pretextos, 1994.

Faimberg, Haydée (1993). El telescopaje (encaje) de las generaciones. En Kaës,

René, Faimberg, H., Enriquez, M., Baranes, JI. *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2006.

Faimberg, H. (2006). *El telescopaje entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.

Resumen

El material clínico presentado permite vislumbrar el derrotero posible en el Yo adolescente y su posibilidad de resistir la sobreidentificación que la amenaza ante la imposibilidad materna de metabolizar lo traumático de su propia vida. Por otra parte, el sufrimiento familiar está profundamente enraizado en lo traumático de la historia social argentina.

Palabras clave: historización y autoconstrucción del Yo adolescente; sobreidentificación y transmisión del trauma; trauma social.

Summary

The presented clinical material allows to glimpse the possible course in adolescent I and its capacity to resist the overidentification that threatens it before the maternal impossibility to metabolize the traumatic of its own life. On the other hand, family suffering is deeply rooted in the traumatic nature of Argentine social history.

Key words: historization and self-construction of the adolescent self; overidentification and transmission of trauma; social trauma.

Résumé

Le matériel clinique présenté laisse entrevoir l'évolution possible de l'adolescente et sa capacité à résister à la suridentification qui la menace avant l'impossibilité maternelle de métaboliser le traumatisme de sa propre vie. Par ailleurs, la souffrance familiale est profondément enracinée dans la nature traumatique de l'histoire sociale argentine.

Mots clés: historisation et construction de soi du moi adolescent; suridentification et transmission du traumatisme; traumatisme social.

Alicia Gamondi

agamondi225@hotmail.com